

## SOBRE HABLAS Y LETRAS DE ARAGÓN EN EL SIGLO XX

JOSÉ-CARLOS MAINER  
*Universidad de Zaragoza*

No recuerdo exactamente cuándo conocí a José María Enguita, si fue antes o después de mi incorporación a la Universidad de Zaragoza en el ya lejano septiembre de 1981, pero, en cualquier caso, sé que aquel encuentro tuvo como marco un verano jacetano. ¿Fue en alguna de aquellas caminatas vespertinas que José Manuel Bleuca organizaba hasta Banaguás, para contemplar unas puestas de sol más modestas que las del Cabo Sunion pero igualmente emocionantes? ¿O sería en una de aquellas tertulias de la Residencia, entonces bajo la jurisdicción vigilante y socarrona de Serafín Agud? ¿O quizá en ocasión de las excursiones que los cursos veraniegos hacían a Ansó, donde los profesores solían pasarse un rato por la casa que tenemos en el lugar? No importa tanto la precisión temporal cuanto la topográfica porque para él y para mí (como para Marisa Arnal, su mujer, y como para la mía), el Pirineo es algo más que el lugar de las vacaciones veraniegas y por ende, de la parte sentimentalmente más intensa de todo el año.

De añadidura, esa parte del mundo es para Enguita un tema profesional importantísimo, aunque no sea el único. Discípulo del inolvidable catedrático jacetano Tomás Buesa, trabajaba y trabaja en los dos ámbitos predilectos de su maestro: las modalidades del habla hispanoamericana y la dialectología aragonesa. Y lo venía haciendo desde que leyó su tesis doctoral sobre la lengua de Gonzalo Fernández de Oviedo, el año de 1982, y desde que publicó sendos artículos sobre la *f* en aragones y sobre las fronteras lingüísticas castellano-aragonesas, aparecidos en aquella misma fecha, uno en el *Archivo de Filología Aragonesa*, que hoy dirige, y el otro en *Argensola*, la revista miscelánea de la Diputación oscense.

Pero creo que lo primero que leí de su pluma fue un trabajo que se publicó en el homenaje al decano Antonio Beltrán Martínez, que vio la luz el año de 1986 y donde yo también había entregado otra contribución. La suya trataba de «Algunas consideraciones fonéticas sobre las coplas de la jota aragonesa», tema particularmente grato al homenajeado, y me proporcionó la sorpresa de verme citado en él, no por mis conocimientos de fonética histórica, por supuesto, sino a cuenta de alguna expresión bastante crítica (y cito ahora de su texto...) acerca de «la com-

placencia en un estereotipo del carácter aragonés y la conversión de la copla regional —es decir, la jota— en avulgarada expresión de pilarismo, rudeza hombruna, misoginia y matonería<sup>1</sup>, impulsadas por una burguesía de cortos horizontes. Yo había publicado el artículo de referencia en el *Boletín de la Fundación Juan March*, un año antes, y aquellas consideraciones me consta que no cayeron nada bien en algunos medios políticos regionalistas, al igual que otra frase del mismo —una referencia bastante desdeñosa a la espiritualidad del Opus Dei, invención de un clérigo de Barbastro, al fin y al cabo— mereció una visita a mi despacho de quien se autoperfijó como «relaciones públicas» de la Obra. Y por eso, agradecí mucho una mención de asentimiento en un trabajo académico que versaba sobre historia de la lengua.

Cualquiera de los lectores de estas líneas sabe que aquella disciplina, largamente hegemónica en la tradición filológica española, no pasaba entonces por su mejor momento de consideración académica. Los estructuralismos lingüísticos habían hecho estragos en los últimos veinte años, o así lo creían algunos filólogos a la violeta, rápidamente convertidos en teorizantes de cualquier cosa y que miraban por encima del hombro las pacientes exploraciones de los dialectólogos y la presunta arbitrariedad de las interpretaciones literarias que no fueran de su escuela. De ese modo, los dos pilares más sólidos de la ejecutoria universitaria de la llamada «escuela española de Filología» (que fueron la historia de la literatura y la historia de lengua) habían pasado a estar bajo sospecha de arcaísmo, pese a que nadie los concebía ya al modo crudamente positivista: hacía ya mucho tiempo que ni las obras literarias, ni un elenco léxico, ni unos rasgos fonéticos peculiares eran percibidos como el objeto paciente de una feroz manía taxonómica, sino como una vivaz sucesión de interrogantes cuya solución requería el concurso de muchas ciencias auxiliares, bastante sentido común y no poca imaginación. Detrás de una metáfora, de la acuñación de un vocablo o de la formación de un plural anómalo había fuerzas individuales y colectivas que nos importaban, y mucho.

Pero he recordado que, mediados los ochenta, las cosas empezaban ya a cambiar y las promociones que siguieron a la de José María Enguita regresaron felizmente a las investigaciones de campo, propias de la lingüística histórica. Las hablas no eran un objeto científico de naturaleza tan imparcial como los trilobites o las plantas forrajeras sino articulaciones de la vida de complejas comunidades humanas. La cita de mi trabajo (y la de algún otro de Manuel Alvar) por parte de Enguita quería recordar precisamente aquello: que la fonética no era una variable independiente de la historia o de la sociología y que, en muchas ocasiones, un dialecto-

---

<sup>1</sup> «Algunas consideraciones fonéticas sobre las coplas de la jota aragonesa», *Homenaje a Antonio Beltrán Martínez*, Zaragoza, Facultad de Filosofía y Letras, 1986, p. 1244.

tólogo se tendría que pronunciar sobre las consecuencias políticas de sus investigaciones. Sobre esto volveremos luego. Pero, por ahora, seguiré los pasos de la cronología y recordaré que los finales de aquel decenio y los primeros años noventa asentaron nuestra colaboración, la de Enguita y la mía, que ha juntado nuestros dos nombres al frente de varios libros de los que hemos sido editores. Algo que tiene no poco de mendaz: el paciente y meticuloso editor ha sido Enguita, porque yo soy indolente y descuidado en la revisión de pruebas y poco aficionado a reclamar originales a los autores.

Todos nuestros libros comunes han sido impresos por cuenta de la Institución «Fernando el Católico», cuya dirección había asumido Ildefonso Manuel Gil cuando aquella corporación era un organismo culturalmente muy vivaz pero políticamente inviable, en tanto era heredero de la política cultural del franquismo y estaba constreñido por un Consejo que apenas había tenido renovación. La presencia de Gil a su frente fue la mejor solución para el desbloqueo de su porvenir: nuestro inolvidable amigo era un veterano batallador de la cultura local, al que todos conocían y respetaban, pero también era un hombre con larga experiencia universitaria norteamericana y encarnaba una admirable imagen del *exilio interior*, primero, y de la insobornable disidencia después. A él se debió una activa presencia de las disciplinas filológicas en la Institución: de ese modo, Aurora Egido, María Antonia Martín Zorraquino y quien esto escribe fuimos directores de sendas Cátedras de nuevo cuño y muy pronto consejeros, cuando se decidió la renovación profunda del Consejo, a la vez que José María Enguita se convertía en el eficaz e imprescindible secretario de la Sección de Filología y en consejero.

Los estudios filológicos no habían estado, ni mucho menos, ausentes de la Institución... Lo que había cambiado era la temperatura de su entorno, modificada al calor de los regionalismos auspiciados por la Transición política: a los estudios literarios se les demandaba una participación más activa en la definición de una «literatura aragonesa» (que comportaba, de paso, una atención más intencionada al mundo de las letras contemporáneas), y a los trabajos lingüísticos, alguna respuesta a la fronda de utopías, vanidades e intereses que se agitaban en torno a la cuestión de la «lengua aragonesa». Y creo que desde la Universidad y la Institución se contribuyó a introducir ponderación y sentido común en la cuestión. Cuando en 1990 la Institución «Fernando el Católico» convocó el *I Curso de Lengua y Literatura en Aragón*, aquella voluntad de entrar en el tema candente se patentizó, pero con una importante restricción onomástica que no habrá pasado inadvertida: fue decisión colectiva reemplazar el esperable gentilicio *aragonesa* por una locución locativa, *en Aragón*, que nos excluía de cualquier confusión. Por la misma razón, cuando el término *fabla* reflejaba todo el ardor, la ambigüedad científica y el empecinamiento de sus entusiastas, el Departamento de Lingüística General e Hispánica, de la Universidad de Zaragoza, se había pronunciado por la denominación *Filología Aragonesa* frente a la de *Lengua aragonesa* al rotular la

nueva asignatura que, bajo tutela del Departamento, había de cursarse en la Escuela de Magisterio de Huesca.

No se piense en cautela ni en tibieza, sino en la meditada definición del estatuto científico de una materia que, como tal, reconocía los términos plurales de la realidad y dejaba para otros foros las añoranzas y las fantasías. Arriba he recordado que llegó el tiempo en que un filólogo hubo de hacerse cargo de la responsabilidad política de sus opiniones; creo que ninguno de aquellos universitarios de 1980, con mayor o menor fortuna, la evitamos. Y casi treinta años después, el resultado —científico y cultural— no es tan malo... A finales de septiembre de 1988, el empeño de Ildefonso Manuel Gil cuajó en unas *Jornadas Jarnesianas*, celebradas con motivo del primer centenario del nacimiento de aquel escritor aragonés, exiliado de 1939, injustamente tratado por la posteridad, a quién él había conocido y estudiado, y que podía ser una excelente piedra de toque del nuevo talante de la Institución «Fernando el Católico». En un excelente pero ya lejano escrito de 1956, el propio Gil había estudiado las presencias aragonesas en la obra de Benjamín Jarnés<sup>2</sup> y ahora pidió a su amigo Enguita que preparara para el congreso una ponencia sobre «Aragonesismos en la escritura jarnesiana». Para ella, Enguita tuvo presente un reciente artículo de Juan Antonio Frago sobre el aragonesismo lingüístico en Baltasar Gracián y, sin duda, una obra que había leído más de una vez, *Aragón: literatura y ser histórico* (1974), de Manuel Alvar<sup>3</sup>. Dos excelentes viáticos para centrar la significación y las implicaciones de su objeto de estudio: la paradoja aparente de que un escritor que «da muestras de un estilo cultísimo» (y que es muy consciente de las limitaciones expresivas de lo dialectal) se complazca en matizar el uso común de la lengua con «un leve aragonesismo». Como señala el estudio, Jarnés podía manufacturar la carta «aragonesa» de un personaje campesino de la novela *Su línea de fuego*, pero, a la hora de las elecciones léxicas, prefería sistemáticamente *jilguero* a *cardelina*, *encina* a *carrasca*, *lagartija* a *sargantana*. Y, sin embargo, Enguita hallaba *rebollos* y *aliagas*, o una *alcayata* (por *bastón*), en el paisaje y la vida de *Mosen Pedro*, la primera novela del autor, donde había recreado la vida de su hermano sacerdote; y florecían los *ababoles*, y no las *amapolas*, en las páginas de *Locura y muerte de nadie*, una novela de madurez y puede que la mejor de las suyas, donde la ambientación zaragozana está bastante camuflada. Y donde el investigador avizor captaba otro localismo inconsciente: los personajes se dirigen a un *arrabal*, en singular y sin más preci-

<sup>2</sup> «Ciudades y paisajes aragoneses en las novelas de Benjamín Jarnés», *AFA*, VI (1955), 87-114; luego recogido en el libro *Escritores Aragoneses. Ensayos y confidencias*, Zaragoza, Librería General, 1980, y, en versión definitiva, como *Ciudades y paisajes aragoneses en la obra de Benjamín Jarnés*, fue el número 3 de la serie *Cuadernos jarnesianos*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1988.

<sup>3</sup> Juan Antonio Frago, «El aragonesismo lingüístico en Gracián», *Gracián y su época. Actas de la I Reunión de Filólogos Aragoneses*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1986, 333-363; Manuel Alvar, *Aragón: literatura y ser histórico*, Zaragoza, Librería Pórtico, 1974.

siones, que no puede ser sino el barrio zaragozano que ha convertido ese término común en nombre propio. De otro lado, Jarnés usó muy a menudo el término *garba*, que vale por *gavilla*, aunque quizá —apunto yo ahora— ese vocablo, que no es privativo de Aragón, le viniera sugerido por el título del primer libro del malagueño José Moreno Villa (*Garba*, 1913), que tuvo una cierta repercusión y buenos valedores en tiempos del crepúsculo modernista<sup>4</sup>. En cualquier caso, la complacencia en el uso dialectal es siempre una elección sentimental pero también estética. Cuando en dos libros muy distintos, *El convidado de papel* y *Su línea de fuego*, Jarnés habla respectivamente de *centellica del instinto* y *centellicas del odio* es patente que busca en aquel diminutivo más familiar un efecto de expresividad y un subrayado de la instancia a la que quiere remitirse: la de la intimidad de la que proviene el odio o desde la que trabaja el instinto.

El tercero de los ya citados *Cursos de Lengua y Literatura en Aragón*, celebrado en 1992, se dedicó a los siglos XVIII y XX y José María Enguita, a título de organizador y editor, se reservó una ponencia que continuaba la precedente: «El aragonesismo lingüístico en Ramón J. Sender». Era patente, sin embargo, que se enfrentaba a un escritor mucho más estudiado que Jarnés y en cuya bibliografía no faltaban un par de ítems sobre las dos obras más propicias: Jesús Vázquez Obrador había estudiado, bajo este prisma dialectal, *Crónica del alba*, y José Luis Negre Carasol, el *Réquiem por un campesino español*<sup>5</sup>. En su caso, Enguita había elegido *El lugar de un hombre* y *La onza de oro*, de cuya lectura salía un centenar de modismos aragoneses: expresiones vinculadas al medio geográfico (*andalocio*, *badina*, *glera*, *ripa*, *saso*, *tozal...*), al mundo animal (*cadillo*, *esparver...*) y vegetal (*ontina*, *ordio*, *panizo...*), a la casa y su ajuar (*aparador*, *falsa*, *solonar*, *tiesto...*) o expresiones que iban desde el vejamen (*pijaito*) a los verbos (*encorrer*, *amprar...*). Resultaba patente que, para el escritor, se trataba de un empeño continuado que no podía explicar solamente la ambientación aragonesa de sus novelas, si se tomaba en cuenta, por otro lado, «la escasa espontaneidad con que aparecen muchos de los dialectalismos anotados», que el autor explica minuciosamente a sus lectores: en *El lugar de un hombre*, se aclara que un *cadillo* es un can pequeño, o que el *calivo* es el rescoldo de un fuego. Por otro lado, Sender revivía la lengua de la comarca de su nacimiento (y la que mejor conoció), la zona oriental de la provincia de Huesca, por más que —con mucha sagacidad— el estudio advierte la tendencia senderiana a difuminar las localizaciones más precisas: al lado de topónimos inequívocos, usa otros que provienen de otras partes de la

<sup>4</sup> «Aragonesismos en la escritura jarnesiana», *Jornadas jarnesianas*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1990, 47-63.

<sup>5</sup> Cf. Jesús Vázquez Obrador, «Aragonesismos en la *Crónica del alba*, de Ramón J. Sender», *Argensola*, XXII (1980), 369-392, y José Luis Negre Carasol, «Aragonesismos en *Réquiem por un campesino español*», *Alazet*, 0 (1983), 273-284.

región, quizá porque, como piensa Enguita, «se habían vuelto borrosos en su memoria, pero tal vez Ramón J. Sender quiso presentar de ese modo una síntesis del Aragón en que vivió». Y ahí está el secreto, sin duda: la voluntad de rebajar la concreción localista potenciaba la función que el recuerdo de lo aragonés tiene en la obra de Sender. Y es que, por medio de un territorio físico y de su habla, se nos evocan sustancias espirituales tan universales como son el recuerdo de la infancia, la fuerza de lo espontáneo, el valor consolatorio de lo primitivo. Y su estudioso concluye con mucho acierto que «el regionalismo lingüístico confiere presencias inconfundibles de Aragón a su obra universal»<sup>6</sup>.

Algún tiempo después, en la primavera de 1995, el Instituto de Estudios Altoaragoneses convocó un congreso sobre el mayor escritor aragonés del siglo XX. No es que le faltaran lectores ni subsidios bibliográficos, pero llegaba el momento de reunir a los especialistas más reputados y a los jóvenes filólogos interesados, de hacer balance de lo que sabíamos y de repertoriar las nuevas tareas pendientes. Fue la oportunidad de unas «Notas sobre *Solanar y lucernario aragonés*» en las que Enguita se hizo cargo de aquellas dos copiosas colecciones de artículos que el último Sender había publicado en las planas de *Heraldo de Aragón* en los años setenta. No era un material de lectura fácil, porque la última escritura de Sender es siempre caprichosa y obstinada, confiada al azar de una inspiración que no siempre era capaz de distinguir de sus manías y obsesiones. El escritor que, de joven, tuvo dos modelos literarios —Valle-Inclán y Baroja— y que había desdeñado la obra de Unamuno, recayó en su vejez en muchas de las obsesiones de este: su pasión por las etimologías caprichosas y su convicción de que la lengua revelaba las dimensiones de la historia oculta y de la psicología colectiva. Para Sender, en el caso de Aragón, no solamente estas fuentes inconscientes de la vida eran más perceptibles que en otras partes, sino que se sorprendía ante la variedad y autonomía de sus variantes. Ante aquella multiplicidad de «Aragones» —había escrito Sender y subrayaba ahora Enguita—, el escritor podría «emparejar y definir» la región «con la de Suiza, por los cantones y comarcas [...]. Monzón, Alcañiz, Jaca, nos sugieren formas de cultura propias y diferentes. Como Barbastro, Calatayud, Sariñena, etc.». En definitiva, sintetizaba su estudioso, las ideas lingüísticas de Sender «se nutren de intuiciones personales y de recuerdos, lejanos en el tiempo y recreados también desde la lejanía geográfica», como pura materia de nostalgias<sup>7</sup>.

<sup>6</sup> «El aragonesismo lingüístico en Ramón J. Sender», *III Curso de Lengua y Literatura en Aragón. Siglos XVIII-XX*. Ed. de José María Enguita y José-Carlos Mainer, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1994, 191-215.

<sup>7</sup> «Notas lingüísticas sobre *Solanar y lucernario aragonés*», en *El lugar de Sender. I Congreso Internacional sobre R. J. Sender*. Ed. de Juan Carlos Ara y Fermín Gil Encabo, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses-Institución «Fernando el Católico», 1997, 655-672.

No he citado a humo de pajas a Unamuno, que tantas veces habló de la lengua como «sangre del espíritu», unas veces porque encarna el espíritu colectivo, pero también, y sobre todo, porque es el molde que registra los mundos espirituales de sus usuarios individuales. En el V de los *Cursos de Lengua y Literatura en Aragón* (1996), fue de Enguita la idea y el título de la convocatoria, bajo el marbete de *Localismo, costumbrismo y literatura popular en Aragón*, aunque la dirección formal la compartiéramos Tomás Buesa y yo, que recordamos en el prólogo su iniciativa. Fue la excelente oportunidad de contar con el concurso del benemérito sistematizador de los estudios folclóricos aragoneses, el prehistoriador Antonio Beltrán Martínez, y al lado de otros especialistas, con el historiador del arte Manuel García Guatas y los lingüistas Ángel López García y María Antonia Martín Zorraquino. Allí tuvimos a nuevos investigadores que ya habían hecho aportaciones trascendentes (José Luis Calvo Carilla, Fermín Gil Encabo...) y otros que las tenían en preparación avanzada (Juan Carlos Ara Torralba, Esther Ortas Durand o María Luisa Arnal, entre ellos). José María Enguita repitió deliberadamente el rótulo del curso al frente de su contribución, «Localismo, costumbrismo y notas más generales en algunos textos del Valle de Echo (Huesca)», que tiene dos partes claramente diferentes. La primera es un excelente «Panorama literario del Valle de Echo», desde los textos decimonónicos de Leonardo Gastón y los de escritores regionalistas de principios del XX —el catedrático Domingo Miral y el autodidacto Veremundo Méndez Coarasa—, hasta llegar al reciente despertar del habla chesa y la plasmación de los Premios Literarios Val d'Echo, discernidos desde 1982. La segunda parte se refería a la ganadora de tres de los «Onsos de oro» entregados (los de 1982, 1983 y 1994), Rosario Ustáriz, que era una dama de vocación literaria tardía, sin formación específica pero dotada de sensibilidad y algunas lecturas, con quien el investigador reconocía —en nota *ad calcem*— haber conversado largamente sobre el poema que comenta y reproduce su artículo: «A una rosa mía». Enguita realiza allí —en cuanto se me alcanza— su único análisis literario publicado y cumple reconocer que el poema lo merece: no se le escapa que la autora es conciente de incurrir en una tradición simbólica riquísima —la rosa, emblema de perfección— y, a la vez, en una fórmula métrica —la cuarteta hexadecasilábica, con rima asonante— que resulta algo arcaizante, pero también advierte y resalta la fuerza de los adjetivos de color, la armonía musical de los versos y el brillo de alguna metáfora. Y al analizar la parte lingüística, valora la riqueza léxica y el patetismo de la expresión. En definitiva, su amiga «Rosario Ustáriz demuestra con sus versos que el habla del Valle de Echo no es una herencia pasiva o fosilizada sino que posee plena validez para dar rienda a sus sentimientos y, por lo tanto, a expresar también las vivencias de cada día»<sup>8</sup>.

<sup>8</sup> «Localismo, costumbrismo y notas más generales en algunos textos del Valle de Echo (Huesca)», en *V Curso sobre lengua y literatura en Aragón. Localismo, costumbrismo y literatura popular en Ara-*

No se piense que hay contradicción entre estos términos de rotunda aprobación y la renuencia de Enguita a reconocer estatuto de lengua románica al mosaico dialectal altoaragonés, por cuya unificación vienen clamando algunos grupos. Y es que los hablantes son siempre más importantes que las hablas, que —por sí y al margen de aquellos— no son sujetos de derechos... Enguita no tardaría en volver sobre el tema. Ya al margen de los ordinales de nuestros *Cursos de Lengua y Literatura en Aragón*, pero en mismo espíritu, se celebró en 1999 el titulado *Entre dos siglos: literatura y aragonesismo*. La convocatoria no había sido ajena, ni mucho menos, a la reciente celebración del centenario de 1898 porque precisamente en aquella crisis del Estado, cuando al calor de la humillación colonial, crujieron las estructuras de la Restauración, el regionalismo había sido diagnosticado como una de las escasas zonas sanas de un país enfermo. Así se había soñado por parte de unas burguesías en periodo de expansión y por la fuerza de unos intereses materiales que se plasmaban en la incipiente industrialización, la bonanza del negocio agrícola y la expansión de los servicios (ferrocarriles de vía estrecha, ensanches urbanos, etc.).

Nuestro programa quiso recoger un panorama aragonés de todo esto y, por tal cosa, no vacilamos en utilizar un registro político —la voz *aragonesismo*— que iba más allá de nuestras habituales reservas al respecto. Y los excelentes trabajos de Manuel García Guatas (sobre las artes), Carlos Forcadell (sobre la dimensión política del periodo), además de los estudios más puntuales de otros colaboradores, respondieron plenamente al propósito. Enguita y Rosa María Castañer contribuyeron al conjunto con una excelente síntesis que, de nuevo, repetía el título del curso, «Entre dos siglos: lengua y regionalismo»: un censo necesario que incluía las actividades de Joaquín Costa como filólogo aficionado, la primera indagación sistemática de las hablas altoaragonesas por Jean Saroihandy en su viaje de 1901, las referencias regionales del *I Congrès de la Llengua Catalana* (1906) y la publicación del estudio de Mosén Griera sobre la fontera lingüística catalano-aragonesa (1914), las primeras obras escritas en dialectos locales (ribagorzano, cheso y hablas catalanas de la franja oriental) y, por supuesto, la irrupción de una copiosa literatura costumbrista de localización zaragozana, donde —como el autor había subrayado tantas veces— no es fácil distinguir las formas dialectales del vulgarismo crudo y donde abunda más la patanería que la sensibilidad<sup>9</sup>.

En septiembre de 1996, Enguita fue uno de los impulsores del *I Encuentro «Villa de Benasque»* sobre las lenguas pirenaicas, que reunió a filólogos, veteranos y jóve-

---

gón. Ed. de José María Enguita y José-Carlos Mainer, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1999, 262-282; las observaciones dialectales se ampliaron en su trabajo «A una rosa mía, de Rosario Uztáriz. Notas lingüísticas», *AFA*, LII-LIII (1996-1997), 235-253.

<sup>9</sup> «Entre dos siglos: lengua y regionalismo» (en colaboración con Rosa María Castañer Martín), en *Entre dos siglos: literatura y aragonesismo*. Ed. de José María Enguita y José-Carlos Mainer, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2002, 163-198.



nes, a algunos aficionados ilustres y a notorios especialistas en catalán y eusquera. Las «Reflexiones sobre la realidad lingüística del Pirineo aragonés», que fue la contribución de nuestro autor, es un texto lúcido y meditado que revela amor al territorio e interés científico, pero que deja muy claro su alejamiento de otras metas. ¿Qué debe hacer un lingüista cuando, como señala su estudio, 2300 habitantes de Zaragoza y 71 de Teruel se habían declarado en el Censo de 1982 como «conocedores de la lengua aragonesa»? ¿Alguien quiere recordar que no hay vestigios de la presunta «lengua» al sur del Ebro, como mucho? Era indudable que aquel empecinamiento en confundir la realidad con el deseo se hallaba tras los fracasos de los encuentros lingüísticos de 1985, convocado este por el consejero socialista José Bada Panillo, y de 1988, ahora por iniciativa de Darío Vidal, independiente promovido por el Partido Aragonés, y que más tarde han hecho inviable el empeño de una Ley de Lenguas<sup>10</sup>.

Justo en el último año del siglo, María Antonia Martín Zorraquino y José María Enguita firmaron un sensatísimo librito de divulgación, *Las lenguas de Aragón*, que es un modelo de información accesible y ponderación intelectual. Y del que conviene retener algunas consideraciones que resumo aquí: 1) el actual mosaico lingüístico es un conjunto venerable que han preservado sus hablantes y que, por ende, debe contar con el apoyo y el interés públicos, pero que 2) cualquier legislación debe ser abierta porque el hecho que se regula está en continua modificación; 3) no son situaciones idénticas la del catalán hablado en Aragón y la de las hablas altoaragonesas que remiten a una hipotética «lengua» común, que nunca alcanzó unidad, fuera del uso escrito en las cancillerías medievales, y 4) la percepción del catalán por parte de los aragoneses no es, por ahora al menos, unitaria: prepondera su percepción como dialecto local aunque, como recuerdan los autores, la enseñanza del catalán normativo con reconocimiento de las peculiaridades de la zona (ley de 1984) ha sido favorablemente acogida («la enseñanza voluntaria del catalán aparece aceptada por casi el 47% de la muestra sometida a encuesta. En cambio, los datos de dicho trabajo reflejan una realidad reticente a la obligatoriedad de la materia (solo el 8% de los encuestados la desea) [...] En lo que atañe a la cooficialidad del catalán con el español en Aragón, ya sea en el conjunto territorial, ya en las localidades de la Franja Oriental, [...] el 74,8% de la muestra rechaza esta posibilidad, en tanto que el 24% la considera adecuada»)<sup>11</sup>.

<sup>10</sup> «Reflexiones sobre la realidad lingüística del Pirineo aragonés», en *Actas del I Encuentro «Villa de Benasque» sobre lenguas y culturas pirenaicas*. Ed. de María Luisa Arnal y Javier Giralt, Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1997, 279-295.

<sup>11</sup> *Las lenguas de Aragón*, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada, 2000; sobre el mismo tema, cf. también su síntesis más reciente «Variedades lingüísticas de Aragón», en *Actas del II Encuentro «Villa de Benasque» sobre lenguas y culturas pirenaicas*. Ed. de María Luisa Arnal y Javier Giralt, Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2003, 85-121.

Y, en consecuencia, es evidente que estamos muy lejos de la integración de la zona en el *pancatalanismo cultural* que sueñan los activistas del Principado y que, por supuesto, tiene su minoritaria —aunque respetable— representación en el este de Aragón. Lo que no autoriza a nadie, por supuesto, a afirmar que en nuestra Comunidad Autónoma no se habla catalán: ese, y no otro, es el nombre de la lengua del este de Aragón, del Principado, de las Comunidades Valenciana y Balear, de buena parte del departamento francés de Pirineos Orientales y la localidad sarda de Alghero, a despecho de delirios recelosos y de los pronunciamientos de políticos ignorantes. Por otro lado, no es menos patente que las hablas aragonesas deben ser desarrolladas donde se preservan como tales formas locales y no debe forzarse, ni seguramente es viable, un *aragonés unificado*, porque tal cosa no es «el único procedimiento —ni necesariamente el más indicado— para proteger el patrimonio idiomático de una comunidad [...]. El punto de partida y el punto de llegada para una planificación lingüística del Alto Aragón —al menos en una primera fase, porque no hay que cerrar la puerta a otras posibilidades en el futuro— están en las hablas locales y comarcales que han logrado mantenerse vivas hasta nuestros días».

No es deseable, por supuesto, convertir la ciencia en pronunciamiento político, pero es inevitable a menudo y el investigador no puede zafarse a esta legítima consecuencia. Lo saben los biólogos, los historiadores, los economistas... y los lingüistas. Y cuando esto se hace con sabiduría, cariño y ecuanimidad el resultado es admirable y clarificador. Esto nos enseñan las reflexiones del profesor, ciudadano y amigo que es José María Enguita.